

Pérez Rosales pinta las tierras de Copiapó antes de soñar con California

Por David Ojeda Leveque

Perdida toda esperanza de continuar su inquietante carrera de ganadero en las pampas argentinas, Vicente Pérez Rosales, pobre como siempre, resolvió embarcarse en el vapor "Perú" con destino a Copiapó, a probar suerte en las minas. Precisamente adoptó esa determinación el 25 de agosto de 1846. Tenía verse comprado en las ásperas e insuperables luchas intestinas que allí se sucedían, en Argentina, por su serenidad y buen juicio. Ya el odio estaba cobrando muchas víctimas, sin tregua ni descanso.

Era uno de los tantos seres desafortunados, pero inflexibles e intrépidos que se aventuraban hacia esa tierra, más estimulados por la necesidad y la esperanza que por el mismo espejismo minero.

Cuenta Pérez Rosales que un mayordomo de un

vapor inglés en nuestras aguas era el rey de los tiranos y que sus deciancos eran insuperables. Constituía también una regla casi general que no supiera hablar español, dejando plantado, entre dos fardos, con un "estúpido no entiendo" si solicitaba algo en seco, pero si la solicitud va acompañada de media onza de oro, entonces el tirano se ablanda y se convierte en un vulgar lacayo.

El 29 por la mañana recorre don Vicente en Coquimbo, un pueblecito de aspecto triste y sombrío, pero la bahía es una de las mejores de Chile.

El 30, por culpa de una neblina bastante espesa, pasó de largo el pequeño puerto de Huasco, perdiéndose diez horas en volver atrás para encontrarlo. Segue Pérez Rosales. "Huasco no es puerto, ni es abra, ni es caleta, ni es nada. En él

se divisan, en grupitos sobre unos cerros bajos y acidos, unas malas casuchas que así hacen las veces de hodegas como las de habitaciones".

PSICOLOGIA MINERA

A la mañana siguiente ancló el "Perú" en el puerto de "Copiapó" que es como puerto otro que bien baila, aunque superior en todo al puerto de Huasco". Su verdadero título de villa data de 1744 bajo el nombre de San Francisco de la Selva. La fama de poto de riquezas principió a tenerla desde los inicios de la Conquista. Su misma planta hace que el pueblo sea irregular, por cuanto sólo consta de dos calles principales y de otras, que más impresionan como caminos públicos que como calles propiamente tales. Tenía plaza, iglesia parroquial y dos conventos, uno Francis-

cano y otro Mercedario, constituyendo la más saliente atracción para la mayoría de la gente pobre.

Copiapó era un pueblo cosmopolita. Allí no se hablaba de otra cosa que de metales. Franceses, ingleses, italianos, alemanes y chilenos, sin contar con el periódico arriba de otros hijos de países sudamericanos, se trezaban a menudo en largas y anecdóticas conversaciones de índole minera, a cual más soñador y fantástico.

Expone Pérez Rosales con penetrante espíritu de observación:

"Tras el saludo de costumbre, la primera pregunta que se hacía, por el estado de la mina; la segunda, por el de la mujer, y entendiase que si el saludo precedía a la pregunta, no era por una urbana cortosía sino porque en el simple saludo se traslucía a la legua el es-

tado presente de la mina del minero copiapino. Desaliño, aire preocupado, paso incierto, empuñar por el medio el bastón, eran síntomas de mal agüero, y si apenas se le oía en la conversación, si cedía la verdad, si hacía cortosías reverentes, finiquito. Más si un momento después, como a menudo acontecía, erguía altiva la frente, tacomeaba con fuerza y compás, hería el suelo con el bastón y dirigía la palabra con familiaridad y suficiencia a las personas a quienes poco antes apenas se atrevía a mirar, ojo avizor, que había alcanzado o porfuzado en el asunto".

HACIA CALIFORNIA

No se puede discutir que Pérez Rosales tiene mucho del celebrado, cortero e incisivo Joaquín Edwards Bello. Porque también, es incisivo a ratos y profundo en al-

gunos moles sociales que ya germinaban en el lejano Chile de entonces, sobre todo cuando habla del poruero copiapino. Dice:

"Para ser poruero, para vender gale por liebre, piedra por plata, arsénico por barra, vicio por virtudes, se necesitan: Desgachatez, mimica, poca vergüenza, estudio del corazón humano y astucia de zorro, el poruero no sólo vive y reina en las minas; el poruero vive en el comercio, en la industria, en las artes, en las ciencias liberales, políticas y religiosas, y en cuantos rincones del mundo vive el hombre".

Por último anota: "Cuando, lleno de desencantos, abandoné al plateado Copiapó para tornar de nuevo a los negocios que me brindaban las libres pampas argentinas, al lado de mi huaso Rodríguez, joya y terror de aquellos desertos, la noticia de la muerte atroz de este caudillo, dulcificada con las de los portentos del oro que se encontraban en California, me lanzó de nuevo fuera de mi patria".

El Diario Austral, Temuco, 9.IV.1986 p.2.

Pérez Rosales pinta las tierras de Copiapó antes de soñar con California [artículo] David Ojeda Leveque.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ojeda Leveque, David

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pérez Rosales pinta las tierras de Copiapó antes de soñar con California [artículo] David Ojeda Leveque.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile